

La filosofía antigua como cura del presente y materia novelable / Ancient Philosophy as a cure for the present and a matter for novels
Ilaria GASPARI, *Seis semanas con los filósofos griegos*. Barcelona: Ed. Lumen, 2020, 171 pp.

Seis semanas con los filósofos griegos, publicado por la reconocida editorial Lumen en 2020 y traducido al español por Xavier González Rovira, es la obra más reciente de Ilaria Gaspari, una filósofa doctorada por la Universidad de París I Panthéon-Sorbonne. Ya contaba con otros éxitos en Italia, tales como *Etica dell'acquario* (2015) y *Regioni e sentimenti* (2018).

La sabiduría griega antigua goza de una enorme revalorización en los tiempos actuales. Y esto no es fruto de la casualidad. El mundo se nos manifiesta a través de destellos luminosos que poco espacio dejan a la reflexión. El ritmo desaforado de nuestra contemporaneidad, además, está atravesado por lo financiero y lo individual atomizado. El sentido del sujeto, dentro de una red infinita de imágenes de compra y venta, parece que solo se logra a través del consumo. Y esto, qué duda cabe, deja cada vez más marginada a la filosofía, una disciplina que desborda la fugacidad de un presente, el nuestro, donde todo se escapa. Allende lo frenético, la filosofía griega de la época antigua supo detenerse, a veces con calma y a veces con parsimonia, en la riqueza no material del instante. Logró así no sucumbir a las inercias de un presente que, al igual que el nuestro, estaba sumido en una profunda crisis. Quizás por eso podríamos decir que, en general, la humanidad de la época antigua era más feliz que la de ahora. Y es que, aunque se viviera de una manera más incómoda, la especulación y la vida constituían un todo sin fisuras donde resultaba tan deseable como posible una forma de vida conscientemente elegida. En esta elección, la filosofía resultaba fundamental. Así lo afirmó, por ejemplo, el platónico Polemón en el siglo III a.C.

Es claro que, en este mundo que se mueve por inercias casi automatizadas y emocionalmente ansioso, la felicidad se ha convertido en una obsesión. De hecho, la introducción del volumen de Gaspari lleva por título «La felicidad de los antiguos». Lo que pretende es, ante

todo, (re)visitar las escuelas filosóficas que, después de la *eudaimonía* aristotélica y hasta el final de la era helenística, se enfocaron a que el ser humano lograra la felicidad. Pero no una felicidad que desaparece nada más ser apresada por un sujeto insaciable, sino una felicidad que converge con un destino afortunado que uno se construye mediante una correcta postura del cuerpo y la mente. Dicho de otro modo, la felicidad de los antiguos es una forma casi heroica de fidelidad a uno mismo (12). Las escuelas helenísticas, pues, persiguieron *el logro* de la felicidad, y no solo *merecerla* como pretendiera más tarde el moderno Kant. La felicidad, pues, se concibió como la gran vocación natural del ser humano y, en efecto, *Seis semanas con los filósofos griegos* arranca con una cita de Epicuro: «vano es el discurso de aquel filósofo por quien no es curada ninguna afección del ser humano» (p. 9). Por esta razón, parece más fiel al contenido de la obra el título italiano original, a saber, *Lezioni di felicità. Esercizi filosofici per il buon uso della vita* (2019).

Esta (re)visita al pensamiento de las escuelas helenísticas se presenta a partir de una necesidad vivencial de una mujer, tal vez de mediana edad, que en su juventud estudió filosofía. Esta mujer, de la que nunca se sabe su nombre, de pronto se encuentra desgarrada por uno de esos puntos de inflexión que la existencia no se molesta en avisar, y realiza una mudanza para dejar atrás una relación sentimental de diez años. Ella, a partir de la constatación de que es «cualquier cosa menos feliz» (p. 17), se da cuenta de que la verdadera educación filosófica pasa por dejar atrás la visión de la filosofía como que las clases de filosofía que recibió en la facultad constituyeron una cosa tan teórica como muerta, y emprende la tarea, junto a los clásicos antiguos, de convertir a la filosofía en una cura de reflexión y acción.

De las enseñanzas de seis escuelas se sirve la protagonista y a cada escuela dedica un capítulo. El primero, «Una semana pitagórica», recoge las quince reglas de los pitagóricos a la manera de quince directrices que van a hacer posible el ejercicio de una vida verdaderamente filosófica. Dicho de otro modo, el pitagorismo se vuelca en una «pura regla de conducta» (26) de la que se nutrió, por ejemplo, la filósofa Hipatia. La protagonista, a fin de cuentas, es víctima de dos de





los malos hábitos más usuales del presente y que no son otros que la evitación de los conflictos y la pereza. La disciplina pitagórica va a ser el primero de los seis antídotos contra la infelicidad: «desde que soy pitagórica en plena mudanza, la ociosidad, de ser la causa de todos mis vicios ha pasado a ser un pensamiento lejanísimo» (44). El pitagorismo, pues, se convierte en un valioso aliado para acabar con la acedía. El segundo capítulo lleva por título «Una semana eleática» y saca provecho de la clásica desconfianza en los sentidos, es decir, pone en entredicho «esa confianza que parecía obvia, indudable, el inquebrantable sobreentendido de mi propia existencia» (48), con el fin de captar el absurdo de las experiencias cotidianas. En mi opinión, este es uno de los capítulos donde Gaspari enfunda con más fuerza su ironía. Por ejemplo, a propósito del fragmento *Sobre la naturaleza*, celebra que Parménides esté muy lejos del clima competitivo de las carreras y publicaciones académicas actuales: ni Parménides ni los filósofos antiguos «buscaba la originalidad de los títulos para destacar entre sus colegas» (49). El escepticismo es el protagonista del tercer capítulo. De una manera más precisa, Sexto Empírico y Pirrón aparecen como herramientas para llegar a la ataraxia, un puerto de serenidad emocional que pasa por dejar a un lado el esfuerzo por «tenerlo todo bajo control, e intentar abandonarme al azar suspendiendo cualquier juicio sobre lo que hago» (73). Téngase en cuenta que el escepticismo al que se adhiere la autora a través de su protagonista sin nombre dista del escepticismo de corte moderno. Y es que Pirrón, «a pesar de reducir todo posible conocimiento a los hechos de la conciencia, nunca concede, ni siquiera a estos hechos, la plena posesión de la verdad» (74). El cuarto capítulo, y cuarto paso, de esta aventura filosófica hacia la felicidad está dedicado al estoicismo, la corriente filosófica que tanto gustó al emperador Marco Aurelio. Comienza con el lema «Soporta y abstente» (97), que ya da señales de que la ética estoica, con sus diaíresis y proaíresis, tiene al deber como una virtud nodal. Por esta razón, el estoicismo implica una forma de vida nada inercial y muy difícil de llevar a cabo: «ser estoico no es ningún paseo; incluso al margen de la filosofía, en el lenguaje común, significa asumir una actitud de constante

e imperturbable entereza» (103). Esta asunción viene determinada por una directriz que la protagonista cataloga como fundamental, a saber, «no dejarme llevar por deseos que yo no sepa con certeza que se harán realidad» (108). Lo imposible, pues, ha de quedar fuera de los planes de una existencia virtuosa. «Una semana epicúrea» es el quinto capítulo del volumen. Las enseñanzas de Epicuro, el filósofo de la amistad, y una vez leídas con atención, emergen en una doctrina del placer verdaderamente privativa. Los placeres por los que apuesta la ética epicúrea son los llamados «catastemáticos», esto es, «estable(s), estático(s), y hasta sedado(s)» (127). Así, al desarrollar esta ética de la serenidad, se puede comprender que el verdadero saber es aquel que aleja a la vida del miedo y del dolor. Además, mediante el epicureísmo la actualidad publicitaria, en tanto enclave de un neoliberalismo feroz, puede verse como una estafa gigantesca: los anuncios y los carteles publicitarios están colocados «por todas partes para engañar a la gente» (140). La última escuela rescatada por Ilaria Gaspari es la de los cínicos. Aquí, la autora ofrece un resumen que aclara lo estudiado y lo practicado por parte de su protagonista sin nombre. Con la escuela pitagórica aprendió a superar la pereza a través de la disciplina; con la eleática, dejó de considerar al tiempo como una propiedad suya que debía desarrollarse al compás de sus deseos; con el escepticismo, desconfió de lo que siempre consideró evidente y emprendió la tarea nada ociosa de plantear preguntas sobre casi todo; con el estoicismo, asumió que hay cosas que no se pueden cambiar; con el epicureísmo, a venerar la amistad y, por consiguiente, a tratar los deseos con familiaridad. Ahora, en este último capítulo, la escuela protagonista es la fundada por Antístenes poco después de la muerte de Sócrates. La mejor definición del estilo de vida cínico es una que la emparenta con la imitación del perro, es decir, profesa un auténtico desprecio hacia las necesidades inducidas. De hecho, el cinismo es una «actitud subversiva ante las reglas sociales vigentes» (152), lo que se traduce en un llamamiento a mantener una actitud crítica respecto a los malos hábitos, ciertamente dañinos, que en nuestra contemporaneidad acelerada llevamos a cabo.

Para finalizar, a pesar de algunos puntos que pueden hacernos pensar que la obra de Gaspari se suma a las producciones editoriales que apuntan, con estrategia comercial, a hacer de la individualidad encapsulada el problema y la solución de todo, no sería del todo correcto sumar este volumen a la nómina de los libros de autoayuda. *Seis semanas con los filósofos griegos* combina divulgación y erudición y es notable la formación académica de su autora. Muestra de ello es, por ejemplo, el amplio espacio de referencias bibliográficas que se ofrece al final, y que engloba tanto textos ori-

ginales, desde Aristóteles hasta Suetonio, como antologías, obras de consulta y ensayos filosóficos. De esta manera, me atrevo a concluir que estamos ante una obra que, mientras proporciona un estudio sesudo de la sabiduría antigua, aporta al lector pautas para no sucumbir a una actitud acrítica cada vez más generalizada.

Ana Isabel HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

Universidad de La Laguna

ana.isabel.her.rod@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.laguna.2021.48.07>

